

El atentado del Colón (1910)

Fuente: <http://www.acciontv.com.ar/soca/politica/nov12/colon.htm>
(junio 2014)

Sucedió el domingo 26 de junio de 1910.

Se trataba de la cuarta representación de "Manon" la ópera de Jules Massenet y la orquesta estaba a cargo de la Gran Compañía Lírica Italiana dirigida por el Maestro Edoardo Vitale y la sala del Colón "era como un enorme espejo donde se reflejaran las imágenes de un poeta que soñara ser rey..."

A las 21:50 un estruendo interrumpe el bucólico ambiente en plena lectura de la carta de Des Grieux a su padre: una bomba es arrojada desde el paraíso (el sector más popular) y explota sobre la mitad derecha de la platea, en las butacas 422 y 424, fila 14 que por milagro están desocupadas. Aparentemente ni Jorge Arroyo ni César Ameghino, sus titulares, han ido esa noche a ver Manon. Pero alguien escribe después que uno de ellos se encontraba en la sala, acompañando a su novia en una de las ubicaciones altas.

El humo invade la sala, el pánico entra en escena. Las esquirlas del explosivo alcanzan los palcos bajos, y varias personas quedan gravemente heridas. El resto del público grita, corre, tapona las puertas. Giuseppe Anselmi baja del escenario con la intención de asistir a los damnificados. Alguien corre al foso a pedir al director Vitale que se ejecute el Himno Nacional para restablecer la calma. Imposible: los músicos de orquesta no lo conocen de memoria; los solicitantes deben entonces conformarse con otra pieza.

Entre los gritos, lamentos, voces de auxilio, pánico, gente que huía, desmayados y diez heridos una mujer de 57 años se domina y exclama potente "¡Coraje, compatriotas!". Es Dolores Urquiza, la hija del general Urquiza.

La escena es dantesca, uno de los heridos tiene sus piernas destrozadas y será necesario amputárselas. Las esquirlas de la bomba habían herido también a ocupantes de palcos bajos, y hasta el rostro de una niña de once años que estaba tres filas delante del lugar del estallido.

La terrible explosión que hace vibrar la gigantesca araña ha sacudido también a la ciudad y pronto el rumor se esparce por sus calles.

En el teatro de la Opera y durante la función de "Mefistófeles", de Boito, también estallaba la alarma; serenándose los ánimos con el Himno Nacional. "El Colón ha sido volado" se escucha y en otros teatros, el San Martín, Nacional, Comedia y Mayo son suspendidas las funciones y el público se retira precipitadamente; mientras una multitud que cubre tres cuerdas rodea el flamante coliseo ansioso por tener más noticias.

El miércoles, tres días después de la bomba (y a pesar de la destrucción de ocho butacas), el Colón reabría sus puertas con un Barbero de Sevilla estelar, que incluía a Titta Ruffo, Giuseppe Anselmi, Graciela Pareto y Adam Didur. En la Opera ya la noche anterior se había cantado Lohengrin, mientras en el Odeón seguían su temporada teatral María Guerrero y Díaz de Mendoza. Ese mismo día el septuagenario Clemenceau, ex jefe de ministros y futuro conductor de Francia durante la Gran Guerra, se embarcaba en Génova para visitar la Argentina, hija dilecta de Europa.

Precisamente, fue Clemenceau quien nos legó sus consternadas impresiones de la indiferencia con la que ya se trataba el tema en Buenos Aires a poco de su llegada, donde el tema ni siquiera era ya motivo de conversación.



Sitio donde cayó la bomba. (Se distingue el hueco de las butacas destruidas)

En el hueco, el exacto lugar donde cayó la bomba arrojada desde el "Paraíso"

1910: UNA BOMBA EN EL COLÓN

"Año del Centenario. Fué gloria a toda orquesta. La Argentina se hizo entonces una moda mundial. «Panem et circenses». Disfrutamos ese año la ilusión de que todos los ferrocarriles y todos los buques tenían su estación terminal en Buenos Aires.

Era tal nuestra fortuna que hasta el odio polichinela vino a saludarnos con la música sonora de su dinamita...

Aquella noche -fin de junio- la sala del Colón era como un enorme espejo donde se reflejaran las imágenes de un poeta que soñara ser rey. La catástrofe.

El aire se estremece. Hay un estallido de techo que se rompe.

-¡Una bomba!

Manos anónimas la pusieron debajo de la butaca de una niña. La concurrencia se levanta, corre, se extravía, vocifera, llora...

El terror -terror pánico- enloquece a los espectadores.

En el suelo, entre los escombros, claman los heridos.

la locura se apodera de los seres humanos.

Parece un naufragio.

Muchos caballeros huyen hacia la calle. Cada fiera se sale de su bosque.

Es inútil que varios señores, afronten el peligro con heroicidad.

La tromba empuja, salta, pisotea...

Una dama, ensangrentada, levanta los brazos como si quisiera contener con una flor el derrumbe del miedo.

Lanza un grito sonoro:

-¡Coraje, compatriotas!

Al oír aquel grito la ola se contiene. El apóstrofe de la dama realiza el milagro de apaciguar la fiebre de los alucinados.

¿Quién es esa mujer? Tiene sangre gloriosa.

Es Dolores Urquiza... Entretanto, el teniente de bomberos Nicanor Viñas ordena a la orquesta que ejecute el Himno Nacional. Se auxilia a los heridos. Hay

muchos: la señora Lucrecia de la Torre de Obligado, señoritas Susana y Lucrecia Escalada, la señora Dolores Urquiza de Sáenz Valiente y los señores Fausto Roberts

(hijo), José Scher, doctor Ricardo Guido Lavalle, ingeniero José J. Zamboni, doctor Nicolás Lozano, etc., etc.

Evocación del atentado por Juan José de Soiza Reilly en la revista Caras

y Caretas del 18 de junio de 1932

LOS HERIDOS



Señora Dolores Urquiza de Sáenz Valiente, que recibió una leve contusión, y cuya presencia de ánimo contribuyó a serenar el ambiente



Señora Lucrecia de la Torre de Obligado, levemente herida en el cuello



Señorita Susana Escalada, que ocupaba la luneta 420; varias heridas y quemaduras en el rostro



Señorita Lucrecia Escalada, que ocupaba la luneta 418, herida por un balín

Dolores Urquiza de Sáenz Valiente, "que recibió una leve contusión, y cuya presencia de ánimo contribuyó a serenar el ambiente"; Lucrecia de la Torre de Obligado, "levemente herida en el cuello"; Susana Escalada, "que ocupaba la luneta 420, varias heridas y quemaduras en el rostro"; y Lucrecia Escalada, "que ocupaba la luneta 418, herida por un balín". Dolores Urquiza Costa (1853-1940) era hija del presidente Justo José de Urquiza (1801-1870), había casado con Samuel Pedro Sáenz Valiente Higuimbothon.

Samuel fue el famoso pretendiente que se interpuso entre Felicitas y Enrique Ocampo; desencadenada la tragedia se recuperaría pronto de su malogrado amor y su dramático final, dado que contraería matrimonio al año siguiente, el 9 de agosto de 1873, con Dolores Urquiza Costa con quien tendría siete hijos.

Lucrecia de la Torre Robredo había nacido en 1857 y contraído matrimonio con Ignacio Obligado Ortiz (1857-1881)



En la Asistencia Pública.—El señor Fausto Roberts (hijo), que fué gravemente herido.—Apunte del natural, por Hohmann

Fausto Roberts (hijo) gravemente herido es auxiliado en la Asistencia Pública



Doctor Ricardo Guido Lavalle, que recibió graves heridas



El señor Fausto Roberts (hijo)



El ingeniero don José J. Zamboni



El doctor Nicolás Lozano

El doctor Ricardo Guido Lavalle, herido gravemente; Fausto Roberts (hijo), el ingeniero José J. Zamboni y el doctor Nicolás Lozano



Señor José Scher, herido grave



Rosina Storchio



El tenor Anselmi que se encontraban en el escenario en el momento de la explosión

José Scher, herido gravemente; los intérpretes Rosina Storchio y el tenor Anselmi que se encontraban en el escenario en el momento de la explosión

Una bomba en el Colón

Por José Luis Sáenz, La Nación

No sólo la ópera, el ballet y la música pasaron por el Teatro Colón. También, inevitablemente, pasó la historia argentina. Todo el siglo XX repercutió en su sala, con mayor o menor intensidad. Y una vez, con el estruendo de una bomba.

Sucedió el domingo 26 de junio de 1910, cuando todavía no se habían acallado los ecos de las fiestas del Centenario. Ese mismo día, los diarios publicaban un telegrama del rey Alfonso XIII al presidente Figueroa Alcorta, para agradecer la afectuosa recepción de su augusta tía, la infanta Isabel.

"JUERGAS DE LA REPÚBLICA"

Pero otros no estaban tan agradecidos. Sobre todo los anarquistas, que habían vivido ese centenario con estado de sitio y la ley de residencia. Habían intentado la huelga general, violenta y revolucionaria, ante esas fiestas que La Protesta definía como "las juergas de la República, derroche en los de arriba y hambre en los de abajo". Por supuesto, el Teatro Colón era uno de los símbolos máximos de ese derroche.

Aquel domingo se representaba Manon , de Massenet. Eran las 21.50. Dos exquisitos divos que hoy son leyenda, Rosina Storchio y Giuseppe Anselmi, estaban en plena lectura de la carta de Des Grieux al padre cuando una bomba arrojada desde el paraíso cayó y estalló sobre la platea derecha (butacas 422 y 424 de la fila 14). Gritos, lamentos, voces de auxilio, pánico, gente que huía, la orquesta que atacaba con los primeros compases del Himno Nacional para restablecer la calma. Quedaba un tendal de desmayados y diez heridos, que serían trasladados a los camarines hasta que llegasen las ambulancias. Uno de ellos era de tal gravedad que luego habría que amputarle las piernas. Las esquirlas de la bomba habían herido también a ocupantes de palcos bajos, y hasta el rostro de una niña de once años que estaba tres filas delante del lugar del estallido.

En quince minutos fue desalojada la sala. Al público del paraíso se le impidió la salida sin identificación policial previa, pues desde allí se había visto huir a cinco individuos en el momento del atentado. Se detuvo a unos cien espectadores, de los que cuarenta pasarían la noche en la comisaría.

Mientras tanto, la noticia había corrido por la ciudad. Llegaba al teatro de la Opera, donde se estaba representando Mefistófeles , de Boito, y ahí también estallaba la alarma y había que serenar los ánimos con el Himno Nacional. Otros teatros (San Martín, Nacional, Comedia y Mayo) suspendieron sus funciones. La gente acudió en masa al Colón. Una barrera humana que cubría tres cuadras.

Al día siguiente se ofrecía una recompensa de diez mil pesos a quien denunciase al culpable. El presidente se reunía con todos sus ministros. Entre allanamientos y diligencias, el jefe de policía, coronel Dellepiane, declaraba que no había sido un complot sino una acción personal. En la Avenida de Mayo surgían manifestaciones de estudiantes universitarios contra los anarquistas, y arengas en los balcones de los diarios. Algunos exaltados proponían ir a la Penitenciaría a tomar justicia por sus propias manos con algunos penados.

En el Congreso se repudiaba el atentado: "Horda del crimen es el anarquismo que públicamente declara que no tiene patria, ni ley ni humanidad", proclamó el diputado Oliver. Y el diputado Carlés habló de "una mente extranjera, bastarda, ignominiosa y cruel" como inspiradora

del crimen. Se sancionaría la ley de defensa social, que declaraba fuera de la Constitución y las leyes al anarquismo y los anarquistas, a los que se quería trasladar a la Isla de los Estados. Se incluía la pena de muerte sin distinción de sexo.

NO TODO BELLO

Entretanto, mientras el arzobispo Espinosa visitaba a los heridos, en la comisaría estaba a disposición de sus dueños una impresionante cantidad de alhajas, carteras, pieles, tapados, bomboneras, sombreros, mantos, gemelos, abanicos y otros objetos abandonados en la sala durante las escenas de pánico y la precipitada salida.

El miércoles, tres días después de la bomba (y a pesar de la destrucción de ocho butacas), el Colón reabría sus puertas con un Barbero de Sevilla estelar, que incluía a Titta Ruffo, Giuseppe Anselmi, Graciela Pareto y Adam Didur. En la Opera ya la noche anterior se había cantado Lohengrin , mientras en el Odeón seguían su temporada teatral María Guerrero y Díaz de Mendoza. Ese mismo día el septuagenario Clemenceau, ex jefe de ministros y futuro conductor de Francia durante la Gran Guerra, se embarcaba en Génova para visitar la Argentina, hija dilecta de Europa.

De la bomba no se hablaría más. Pero entretanto, también el anarquismo europeo había visitado el Colón y actuado en él. Por suerte, una única temporada y sin mayor éxito, si pensamos que en noviembre de 1893 dos bombas anarquistas lanzadas en el Teatro del Liceo de Barcelona durante una representación de Guillermo Tell habían provocado nada menos que veinte muertes, además de la secuela de la ejecución de siete culpables, condenados a garrote vil y fusilamiento. No todo era bello en la Belle Époque . .

El último libro de José Luis Sáenz es la novela La traviata argentina (Ed. El Francotirador).



Doctor Mauricio Lair



Doctor Domingo Zingoni



Doctor Julio Miranda

médicos de la Asistencia Pública que concurrieron de los primeros

**Médicos de la Asistencia Pública que concurrieron a socorrer a las víctimas:
Mauricio Lair, Domingo Zingoni y Julio Miranda**



Doctor Enrique Klappen-
bach



Doctor Pedro Caride Mas-
sini



Doctor Pablo B. Oscamou

médicos particulares que improvisaron los primeros auxilios

"Médicos particulares que improvisaron los primeros auxilios": Enrique Klappenbach, Pedro Caride Massini y Pablo B. Oscamou



Los practicantes que acudieron con las ambulancias. — Señores Fernández, Finocchio, Ray, Ciarlo, Casinelli y Tavolaro

Los practicantes que acudieron con las ambulancias: Fernández, Finocchio, Ray, Ciarlo, Casinelli y Tavolaro



Estado en que quedó el traje de la señorita Susana Escalada

En la imagen, los desgarrados restos del vestido de la señorita Susana Escalada Lucrecia y Susana -heridas durante el atentado- eran dos hermanas, hijas de Guillermo Luis de Escalada y Schuster, bautizado el 17 de Septiembre de 1861 y casado el 20 de Octubre de 1887 con doña Manuela Durañona Meneses, quienes tuvieron a
Lucrecia de Escalada Durañona, bautizada el 9 de Octubre de 1888.
Guillermo Daniel de Escalada Durañona
Susana de Escalada Durañona, bautizada el 22 de Noviembre de 1891.
Celia de Escalada Durañona.
Alicia de Escalada Durañona.
Cora de Escalada Durañona; y Nelly de Escalada Durañona

El padre de las hermanas, Guillermo Luis de Escalada y Schuster, era Daniel Domingo de Escalada y Reinoso (1819-1893) teniente coronel y ayudante del general Pacheco, quien casó con Aurelia Schuster Giles. A su vez, Daniel Domingo era hijo de Mariano de Escalada y de la Quintana, quien fue bautizado el 12 de Diciembre de 1796 ingresando en el ejército de la Independencia argentina con el grado de Cadete del regimiento de Granaderos a Caballo en 1812. Luchó con el ejército del Norte, a las órdenes del General Belgrano, e ingresó más tarde en el ejército de los Andes, sirviendo como Edecán de su cuñado el General San Martín. Tomó parte activa en la guerra civil, siendo uno de los más entusiastas partidarios del Coronel Dorrego y del partido federal. Casó, el 13 de Septiembre de 1818, con doña Elvira de Reinoso y Mas de Sexars y falleció el 3 de Junio de 1840.

Mariano era hermano de María Remedios de Escalada y de la Quintana, bautizada el 10 de Noviembre de 1797, Dama Patricia, fallecida el 3 de Agosto de 1823. Había casado el 12 de Septiembre de 1812 con el general José Francisco de San Martín y Matorras

26 DE JUNIO DE 1910:

ESTALLA UNA BOMBA EN PLENA FUNCIÓN

Fue tal vez el año de mayor esplendor de aquella Belle Époque, y dentro de él hubo un hecho que constituyó “el” acontecimiento: la celebración del Centenario de la Revolución del 25 de Mayo de 1810 vistió de gala a Buenos Aires, y los festejos ocuparon casi todo 1910. Acudieron —entre otros— el gran político francés Georges Clemenceau, el científico italiano Guglielmo Marconi y el Presidente de Chile, Pedro Montt. Una de las visitas más esperadas por el pueblo de nuestra ciudad fue la de la Infanta Isabel de Borbón, tía del Rey de España Alfonso XIII. En el puerto de Buenos Aires la esperaban el Presidente José Figueroa Alcorta, el Intendente, el gabinete de ministros completo y una multitud enfervorizada que rompió los cordones policiales. Otros homenajes rendidos a la Infanta fueron un desfile de la colectividad española frente a su residencia y un asado con cuero servido en una estancia, donde cien gauchos montados en sus mejores caballos y con aperos de lujo brindaron un criollo espectáculo a la visitante.

Por supuesto que nadie falta al desfile militar del 25 de Mayo ni a la función de gala en el Teatro Colón, todavía flamante pese a que en sus dos años de historia ya se habían ofrecido 170 funciones en la gran sala. Los palcos están engalanados como nunca por los trajes de las damas. La Infanta, a la que el tiempo no ha hecho perder el porte tan característico de las españolas, viste “brocato blanco con adornos negros, collar y diadema de diamantes y banda de María Luisa [la condecoración]”, tal como relata la crónica de esa noche aparecida en La Prensa dos días después. La Primera Dama, por su parte, también muy elegantemente vestida, debe ocupar un sitio lejano al palco oficial donde está don José Figueroa Alcorta: junto con sus damas de honor y

las invitadas más ilustres presencia la función desde el primer palco avant-scène de la derecha.

Presidente, intendente, primera dama, infanta, embajadores, gente de la alta sociedad: todos aplauden a rabiar al Rigoletto de Titta Ruffo, al duque de Mantua de Giuseppe Anselmi y a la Gilda de Graciela Pareto. Un trío difícilmente superable. Los espectadores se sienten algo desairados al no escuchar el bis que exigen a la soprano y el barítono después del dúo del Segundo Acto, pero de todas maneras disfrutaban de la función y también de la copa de champagne servida en el segundo intervalo. Es una de las veladas más resplandecientes en la historia del Teatro Colón.

Pero mientras “Buenos Aires era una fiesta”, había sectores que tomaban esos festejos como una ofensa. El clima del país y especialmente de la capital anunciaba tormentas: había paros, protestas y actos violentos de todo tipo, impulsados por los anarquistas llegados, al igual que las estrellas de la lírica, desde Europa. La Protesta, su diario, sintetizaba bien el sentimiento que los hermanaba: “Las juergas de la República: derroche en los de arriba y hambre en los de abajo”.¹ La aristocracia sigue ajena a esos reclamos, y los festejos prosiguen. La Infanta queda encantada por los honores prodigados: el 26 de junio de 1910 se publica en el diario un telegrama de agradecimiento del Rey de España por la maravillosa acogida que han brindado a su señora tía. Esa misma noche, el Colón (en el que todavía se oyen los ecos del glorioso 25 de Mayo) presenta una función más de la producción estrenada el día 2 de junio: Manon, de Jules Massenet.

Esta vez se reúnen en el escenario Giuseppe Anselmi y Rosina Storchio a las órdenes de Edoardo Vitale. La función comienza, y la Storchio, con su voz amplia y delicada, cautiva a los abonados. Manon Lescaut, la graciosa criatura del abate Prévost, recibe los galanteos de monsieur de Morfortaine primero y más tarde los del caballero Des Grieux. Ambientado en la Francia barroca, el drama de Manon, su fragilidad y su amor fugitivo por Des Grieux arrancan lánguidos suspiros a las succulentas damas de la Belle Époque.

Como máximo símbolo de la oligarquía, el derroche y la frivolidad, tal como lo ven los sectores de izquierda, el Teatro Colón tiene necesariamente que ser blanco de una protesta que conmocione a la opinión pública. A las 21:50 un estruendo interrumpe el bucólico ambiente en plena lectura de la carta de Des Grieux a su padre: una bomba es arrojada desde el paraíso (el sector más popular) y explota sobre la mitad derecha de la platea, en las butacas 422 y 424, que por milagro están desocupadas. Aparentemente ni Jorge Arroyo ni César Ameghino, sus titulares, han ido esa noche a ver Manon. Pero alguien escribe después que uno de ellos se encontraba en la sala, acompañando a su novia en una de las ubicaciones altas.

El humo invade la sala, el pánico entra en escena. Las esquirlas del explosivo alcanzan los palcos bajos, y varias personas quedan gravemente heridas. El resto del público grita, corre, taponan las puertas. Giuseppe Anselmi baja del escenario con la intención de asistir a los damnificados. Alguien corre al foso a pedir al director Vitale que se ejecute el Himno Nacional para restablecer la calma. Imposible: los músicos de orquesta no lo conocen de memoria; los solicitantes deben entonces conformarse con otra pieza.

Los diez heridos (seis hombres, tres mujeres y una niña de once años ubicada en la fila once) son trasladados en primer lugar a los camarines, hasta la llegada del auxilio médico. Uno de los más afectados deberá sufrir luego la amputación de las piernas. En el lapso de quince minutos la sala queda desalojada.

La Asistencia Pública envía inmediatamente cinco ambulancias con el

jefe del servicio médico, tres doctores y siete practicantes, que comienzan a aplicar los primeros auxilios. Más tarde llegan tres médicos más, el jefe y el subjefe de Policía y otros inspectores. Se impide la salida de los espectadores del paraíso, dado que en el momento del estallido cinco hombres fueron vistos mientras huían de allí. Los detenidos: 86 personas. De éstas, casi la mitad quedará detenida en la comisaría durante toda la noche.

Enterados del desastre, algunos de los que habían asistido a los tantos espectáculos líricos que ofrecía Buenos Aires esa noche corrieron al edificio de Cerrito alarmados por el rumor de que habían volado el Teatro Colón. La función en el Teatro Ópera, por ejemplo, quedó interrumpida cuando el público abandonó los palcos y las plateas. Diez mil pesos (el salario de 300 obreros) fue el monto de la recompensa ofrecida al día siguiente para quien delatara al autor del atentado, y mientras la Policía realizaba allanamientos y detenciones, el Presidente convocaba a su gabinete y el Congreso manifestaba su repudio a la barbarie anarquista. En las calles la gente se movilizaba y amenazaba con linchar a algunos imputados.

Nunca se halló a los culpables pero, como se ha visto, las repercusiones inmediatas de este primer incidente funesto sufrido por el Colón fueron enormes. Sin embargo, Georges Clemenceau, quien se embarcó hacia la Argentina tres días después del estallido de la bomba para cumplir con su labor periodística, nos legó sus consternadas impresiones de la indiferencia con la que ya se trataba el tema en Buenos Aires.

“En el mes de junio último, algunos días antes de mi partida desde Europa, fue lanzada una bomba por un desconocido en el Teatro Colón, y cayó en medio de las butacas, donde hirió más o menos gravemente a un gran número de personas. El Teatro Colón, donde actúa la ópera, es el más grande y probablemente el más bello del mundo. Los palcos abiertos [...] presentan, con las butacas pobladas de señoras jóvenes en traje de sarao, el espectáculo más brillante que me ha sido dado encontrar en una sala de teatro. En tal lugar, se adivina lo que pudo ser la catástrofe de una bomba. Todo cuanto se dijera es poco. Un alto funcionario me ha dicho que jamás había visto tales charcos de sangre. Se recogió a los heridos como se pudo, la sala se vació entre gritos de furor y, reparados los desperfectos al día siguiente, ni una sola señora faltó a la representación de aquella noche.

”[...] En los diferentes círculos de la población de Buenos Aires donde me ha sido dado penetrar, he podido observar que ni los atentados anarquistas ni la ley de represión eran objeto de conversación. Varias veces he provocado la conversación sobre la materia, pero se me ha respondido siempre que ésta era una cuestión de fuerza pública, que el gobierno tenía medios para obrar, que obraría, y que, si reclamaba otros poderes, nadie se los iba a negar, después de lo cual se volvía a las cuestiones del día.”

Teatro Colón. Sus Historias

"PALCO, CAZUELA Y PARAÍSO" (Las historias más insólitas del Teatro Colón. Por Margarita Pollini

<http://www.todoperaweb.com.ar>



El teniente de bomberos
Nicanor Viñas, que hi-
zo tocar el himno na-
cional, para calmar los
ánimos

**El teniente de bomberos
Nicanor Viñas, que hizo
tocar el Himno Nacional
para calmar los ánimos**



Abrigos, sombreros y otras prendas abandonadas por la concurrencia, recogidos en la comisaría 3.ª

**En la Comisaría 3º los abrigos, sombreros y otras prendas perdidas por la concurrencia aguardan sus dueños
"En la comisaría estaba a disposición de sus dueños una impresionante cantidad de alhajas, carteras, pieles, tapados, bomboneras, sombreros, mantos, gemelos, abanicos y otros objetos abandonados en la sala durante las escenas de pánico y la precipitada salida..."**



Instantes después de la explosión de la bomba. — Reconstrucción de la escena, por Zavattaro

Reconstrucción de Zavattaro del momento de la explosión de la bomba en la platea del Teatro Colón publicada en Caras y Caretas en su edición del 2 de julio de 1910

U n a b o m b a

1910 Año del Centenario. Fué gloria a toda orquesta. La Argentina se hizo entonces una moda mundial. "Panem et circenses". Disfrutamos ese año la ilusión de que todos los ferrocarriles y todos los buques tensan su estación terminal en Buenos Aires. Era tal nuestra fortuna que hasta el odio polichinela vino a saludarnos con la música sonora de su dinamita...

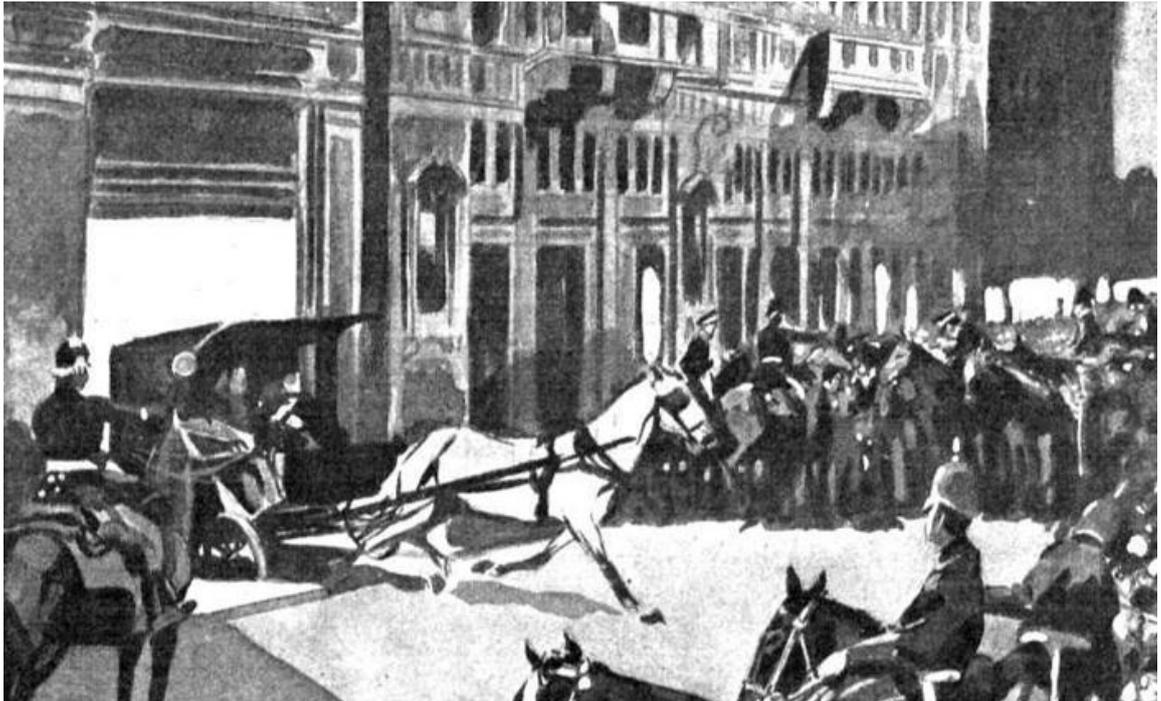
Aquella noche — fin de junio — la sala del Colón era como un enorme espejo donde se reflejaran las imágenes de un poeta que soñara ser rey.

La catástrofe.

El aire se estremece. Hay un estallido de techo que se rompe.

— *¡Una bomba!*

Manos anónimas la pusieron debajo de la butaca de una niña. La concurrencia se levanta, corre, se extravía, vocífera, llora... — El terror — terror pánico — enloquece a los espectadores. En el suelo, entre los escombros, claman los heridos. La locura se apodera de los seres humanos.



Evocación del atentado por Juan José de Soiza Reilly en la revista Caras y Caretas del 18 de junio de 1932

Las ambulancias de la Asistencia Pública evacúan a los heridos, según un "apunte del natural" por Giménez.

"Manon" la ópera de Jules Massenet sería representada los días 2, 16, 18 y 26 de junio; el 6 de julio y el 4 de agosto.

la orquesta estaba a cargo de la Gran Compañía Lírica Italiana dirigida por el Maestro Edoardo Vitale.

La integraban la soprano Rosina Storchio en el papel de Manon; el tenor Giuseppe Anselmi como Des Grieux; el bajo Giulio Cirino como "Conde"; el barítono Federico Bonino como Lescaut; el barítono Concetto Paterna como Guillot; el bajo Romano Rasponi como Brétigny; la soprano L. Izzo como Poussette; la soprano María Avezza como Javotte; la mezzo Giuseppina Zoffoli como Rosette; el barítono Luigi Baldassari como el Hostelero; la soprano María Avezza como la "Sirvienta"; el tenor Pedro Maini como "Guardia I" y G. Severina como "Guardia II".

La función del 26 de junio fue interrumpida a poco de comenzar el 2do. acto por una bomba explosiva.

Esta función no está computada entre las cinco representaciones completas, pero sí en el total de funciones realizadas

LA DETENCIÓN DE ROMANOFF Y REPRESALIAS ANARQUISTAS



Juan Holder era un mecánico inglés que hacía treinta años había llegado a Buenos Aires, radicándose en Mendoza.

Luego del atentado anarquista en el teatro Colón Holder había cooperado para capturar a Romanoff, acusado de ser uno de los autores del salvaje ataque.

Sin embargo debió sufrir las represalias de los compañeros de Romanoff quienes intentaron asesinarlo aunque fracasaron sin lograr su propósito

volver a índice

volver a inicio

socargentina@hotmail.com

volver a Diario Accion

Tel. (0237) 485-0003

accion@argentina.com